

# AH, MIRAS TU TAMBIÉN.

---

Autor: JUAN L. ORTIZ

---

**AH, MIRAS TU  
TAMBIÉN.**

Ah, miras tú también, querida...  
miras, querida, de qué manera Marzo, al morir  
profundamente fija  
un alma como de cirio  
que al anochecer, aún, al propio anochecer, niega  
y nimba a la vez.....

Quién tras ese celeste que, espectralmente, le  
amanece

lo abisal, diríase,  
de los jardines de él mismo:

quién

para recibir su silencio?

Y oyes, acaso, que asimismo pide y pide,  
pide por estos minutos  
que ya nunca jamás, nunca, ha de volver a redimir  
de las simas ?

es que ya los destilas  
en esa estrellita que una de tus pestañas, sensitivamente,  
perla...  
pero que moja, ay, tu sonrisa  
cuando ésta quería darle un a modo de raicillas...  
mas en qué tiempo,

en cuál,

de la onda... ?

Y no te roza,  
ahora, aquel azoramiento, aquél  
de limo ...  
que las luces, al ceñirse,  
ciñen,  
y ya hasta el cuello,  
a los aparecidos de entre los taludes,  
o de esos sobrevivientes de los baldíos da los que ninguno  
sabe, todavía,  
cómo flotan sobre los junios:  
aquel imposible, por ejemplo, de faldas, más sin paño  
para enjugar a la "colilla"  
que tropieza en sus tosecitas...  
y por una sobra de sendero a la que en seguida ha de engullir,

con esos residuos, también, del día,  
al precipitarse, a su vez, sobre los que quedan en el lío:  
a la que ha de engullir  
un hueco, aún, de la sombra, por allí,  
o del apetito de lo invisible en la  
franquicia más del nadie  
que una taperita ha de abrir...  
y el que luego habrá de obstruirse, atravesándosele ellos,  
ellos, todavía, todavía...  
con espinas de escalofríos  
tras unos hipos de lengüillas que no llegarían, entonces, a.  
decírselos,  
sino muy humosamente,  
paralizándose, de súbito, en ramizas de  
condenación  
o de tizne,  
o apurando, cenicientamente, su nada  
o su mudez... ?  
Mas no sientes, también, a las criaturas que gritan a este olvido  
de que, es cierto, vivimos,  
y al que, a continuación, por supuesto, los dos, asimismo,  
habrémonos de remitir,  
al encenderlo doblemente, y más  
literalmente, aún,  
en un miedo, al fin, de bujías,  
y en un escape, al fin, de  
entre-líneas,  
pero de adormideras de isla, ellas, y además, palideciendo en  
una islita a la deriva  
de un flujo sin luna,  
o bajo, aún, quizás, lo inconfesable, en la inminencia, así,  
de naturalmente esparcirla... ?:  
no sientes  
a esas criaturas que, sobre sus crías, se desgarran en el filo,  
por ahí, de una orilla,  
ante la crecida de ese desconocido que, no obstante conocían  
de antes sus huesecillos:  
de cuando el tiritamiento, allá, de un plasma, y ellos, aún, no  
armaban en un seno  
sin defensa contra la neblina,  
la pesadilla que extremarían...  
no las sientes, dí,  
desde el estremecimiento de que todos, por igual, todos,  
lo queramos o no, venimos  
a lo que, al cabo, ha de cubrirnos  
subiendo de la oscuridad de las fibras o de la oscuridad de una  
avenida...  
y esto, desde luego, a pesar  
de que ese engrimiento que se nutre de los compañeros de  
planeta o de navío  
o de cascarilla hacia el este

huya hacia el oeste y blinde sus cabinas de tal modo que ni el  
hielo  
de las tinieblas  
lloraría a las ventanillas...?  
Pero quiénes, dirás tú, quienes  
para asumir el estupor aquél que anudaría hasta el galillo  
a unas casi ánimas.....  
o en los limbos de un juicio que oscurece más su frío,  
más todavía...  
y quiénes para asumir, a la vez,  
unas llagas de voces que únicamente llagarían, llagarían,  
únicamente, a los ecos...?  
Quiénes para acudir a esos ojos ahogándose  
y sentarlos sobre las rodillas...  
y a esas guturales que regresan y regresan y regresan,  
las mismas, del cielo?  
Quiénes para tomarlas, así,  
o en esa piedad, más bien, que extravía sus especies y su  
especie  
entre las agonías  
que extraviaran las tuyas  
al llamarse entre sí, y aún, por encima de los límites,  
desde la niebla del último,  
sin percibir, así, ni siquiera la sospecha de otra respiración por  
el confín  
que las que lo cortaban  
al cortárseles, ubicuamente, el ahilo?  
Quiénes, quiénes, — seguirás inquiriendo— quiénes?  
Pero si no vuelves oído  
has de sentir, igualmente, a los que vienen  
de puntillas  
detrás de su luz  
y de su corazón mismo.,.  
a los que vienen de los milenios, si se quiere, o de aquel  
amanecer  
que surte el amanecer...  
y a los que vienen, también, de los países  
que, con todo, lo reciben,  
y eucarísticamente, casi,  
en los pétalos de las "florecillas", aún...  
y de los "locos de Dios", aún...:  
y todos a la cita  
de los gemidos que no tienen rostro y que podrían ser los de las  
hierbas  
que sangraran bajo sus pies...  
o los de una hojita  
que desespera ya, ya, de dormir sobre los  
soplos  
sin anémonas...  
o los del aire  
que se esfuerza y se esfuerza, tenazmente, por zurcirlos

en la fe de un ángel...  
pero a los que no pueden, sino volviéndose, llorarles,  
ahora, su silencio...

más sin llegar nunca,  
oh, nunca,  
ni aún cuando la noche los tropiece, inoportunamente, al  
medirse  
sin llegar nunca

a empujarlos fuera del sueño...  
Vienen de debajo de los ruidos y del revés de las seguridades,  
de los "de él"  
y de los "para sí"...

y llegan de las bienvenidas del amor  
que no tiene despedidas,  
y eso que todo debe de herirlos...

Vienen  
a esas escrituras en que alguien, más inmediatamente,  
o

[en su cuerpo, o poco menos,  
les quemara el mensaje...:]

Vienen a entenderse  
sobre las maneras de alinear, pero muy flexiblemente, sus  
reservas, ya, de siglos  
en las milicias, al fin,  
de la ligereza de mochilas o de "árbol alguno de Porfirio"  
en la zapa hacia la semilla  
de la selva de los linajes, y aún, de la pureza de ese loto y ese  
lirio

de los Budas y de los Cristos...:  
en las milicias

de las consumaciones sin fin, y de las  
integraciones sin fin  
en las relaciones que duelen

más abajo de la raíz, y en las titilaciones  
que aparecen y desaparecen  
buscándose, y buscándonos

por un cabello, siquiera, que las ligue humildemente  
a la aspiración del abismo...

y en las que, a la vez, unos a otros, nos iremos  
descubriéndonos el sueño

que más o menos, felizmente, todos suspiramos,  
o mejor, agitamos...

aunque, por otro lado, allí, no llegaríamos, no,  
a tocar fondo

en esa gracia de perfección que, comparativamente, y en su  
línea,

secase a nuestra medianía...:  
en las milicias

de las sensibilizaciones del alma a sentir igual a un clima  
por las mismas

jerarquías de la

fascinación  
que acomodan, ya, su coreografía a las presiones,  
por ahí,  
de un aire de paraíso...  
sin disputa del espacio, en sí, compartido por las vidas, por la  
totalidad de las vidas...  
las milicias  
de la adhesión y la colaboración en las cosechas  
del aire y de las rocas,  
para una alimentación de sílfides,  
sin el retorno sobre sí ni de siquiera una  
gotita  
de un verde de brizna  
y sin ese tufillo de matarife que no deja de untar hasta los dedos  
que juntan la ojiva  
lubricándoles hasta el ángelus...  
sin que se pueda saber, ciertamente, qué edad del  
porvenir  
aquello, al fin, doraría...:  
en las milicias  
pero, desde luego, en las milicias  
del golpecito del agua, y del despliegue de las  
hilas y el abrigo  
y del agenciamiento de los víveres,  
y de la mano de unción sobre la cabecita  
que rinde hasta el suelo:  
de los que han menester, en fin, a la vez que la mirada  
o ese fluido  
que reencuentra la relación,  
todos los segregados de entre los pasajeros de un minuto  
a través de la eternidad...:  
a los que se persigue, aún, por los rebordes del vahído hasta  
las cimas  
casi, del frío,  
para especular, abajo, con lo que justamente a ellos, él,  
les enguanta el señorío...  
y del granito...  
a los que se arroja por el oro del cereal, hacia las dunas  
de las riberas del mundo,  
o del otro mundo,  
desde los médanos que evoca, despidiéndose, la ceniza de las  
dríades  
que armonizaban la economía  
de todos, allí...  
y las que han de sepultar, compensatoriamente,  
a las ramas  
de los sacrílegos de las otras  
si no recobran a tiempo el  
sentido...  
mientras aquéllos trotando, y rozando todavía, unas  
sequedades en idas

ya, de cosmogonía  
que se pulverizan, y hasta llegan a fluir  
celestemente  
negándose,  
estallan, ahora, en unos cuernos y unas ramas que se hincan,  
por ahí,  
hacia la veta de los espejismos,  
las costillas, en un tris de descubrirseles  
pero sin ceder, aún.  
a los tecteos del viento,  
ni a las recorridas, a fondo, del buitre-...:  
a los que se condena, todavía, a tirar,  
perpetuamente, de una tempestad,  
y de la tierra misma,  
por la delantera, sólo, de unas ruedas de misterio y de unas  
rejas de misterio,  
a las que únicamente revela  
un escocimiento de centellas restallándoles la pena,  
y de avispas  
aguijándoles la fatiga...:  
a los que se arrea, embretándoles el terror,  
para sumirlos,  
definitivamente sumirlos,  
en la civilización, ésa, del cadáver, que ha de llegar a las  
divisas, aún,  
de las mariposas de los ataúdes...:  
a los que, el espanto por tierra,  
con el mugido en los ojos, blanqueando más, si cabe, al  
volverse a una nube,  
luego de girar en torno  
una apelación, ya, de yeso,  
se les obliga a sisear, prematuramente, y al apuro, todavía  
sobre unas brasas  
de australopitecus de villa,  
unas delicias de infanticidio...:  
a los que tienen que proveer a ese coraje y ese hastío  
que sale a los domingos  
de un derrocamiento de vuelos y del festín que los deshoja,  
irisadamente, con el tiro,  
apurando el atardecer  
de la aguada en niña...:  
y del debate, aún,  
en los desgarramientos del arponcillo  
pero que trasmite al sedal los sobresaltos, ya, del  
triumfo que ha de  
consagrar el regocijo  
de una palpitación, todavía,  
por desprender de la luz...:  
a los que se impone el vertir, sangrientamente, el balido  
que apenas se ha desatado,  
para llegar desde la caricia de unos pies hasta las

espaldillas

que le gorjean la alegoría...:

a los que se reduce, codiciosamente, a cal, por una perspectiva...

de generalitas a vestir

sus fantasías en sol en una jungla que, por otra parte, le destilara

al sol los espíritus...:

a los que se encadena "a lo corto" de sus días, aún,  
y directamente, a las llamas

y al gris...

y estos siendo las sombras que desaparecen en el cenit  
sólo

con sus sombras

o cuando su adoración acuesta  
sobre unos coágulos el destino...:

a los que se abandona como hijitos de las  
comunicaciones con la luna,

a la leche, únicamente de la luna...

o de la nodriza de Júpiter...

cuando no se les "papilla" en una bolsa, junto con la  
bruja

en una vergüenza del adoquín...

o más crecidityos, ya, en carboncillos de una  
rama,...

sobre un recuerdo de pira,

cuelgan unas mancillas a la "urbanidad" que se ha  
compuesto por allí...:

a los que se sentencia a soñar, desde los suelos o pisos,  
o lechos, del tiempo,

la gravitación del útil,

para los buenos días, únicamente,

del útil...

y todo ello,

todo ello, tal vez, por los derechos que uno de los lenguajes de  
la tribu,

de pie, también, sobre el puente,

le ha concedido a la articulación por ella misma y en un título

que, por lo visto, no obliga...:

todo por esos derechos sobre estos sin número que esperan,  
también, se les

[devuelva a sí

o a la corriente de animación

que asciende de la piedra, oh Nerval, y que,  
probablemente, nos excede

hasta modos de existencia

que no podemos ni siquiera imaginar desde éstos que a la vida

le es dable evocar

aún sobre lo invisible...

porque ya no le atañerían,

en el más allá de la duración y del alma, quizás, ellos...

aunque los avalarían las virtudes, por sí,  
de la contemplación del alma...  
todo por esos derechos,  
sobre los que esperan, sin embargo, con los otros  
que desesperadamente

[les infligen

su impaciencia de uncidos  
o de medio apátridas al azar de los días que se cierran  
o del todo, sobre los restos  
de su esperanza, ya, por los tembladeras del país...  
a la intemperie de su país...  
que esperan tender en común, ante todo, o primeramente,  
igual al lino  
que se pone la amanecida,  
la liberación de las galeras, y las varas, y de los cotos y los  
circos,

y de las dehesas y las pistas...:  
o de ese azul, inicialmente, a beber,  
que se debe a cada uno de los hijos de la tierra y del espíritu,  
en la sed de la condición:  
juntos, desde ya, y no después, no como Nervo concedía,  
para la participación de todos  
desde su lote del principio en el cultivo ése que ha de ir  
descubriéndoles, arriba,  
cada vez más de cera,  
las liliáceas de la unicidad, ganadas, sucesivamente, así,  
a la savia de los abismos,  
en esa aventura de invertirlo o de subirle en una llama,  
toda de dedicación,  
el origen, quizás del origen...  
Más ello no sin las respuestas que, de lo hondo, obligarían a  
las víctimas,  
como victimarios, a su vez,  
que, impotentemente, volvían hacia abajo los reflejos que  
debían  
remontarles la humillación...  
y los reflejos de reflejos en que les tocaba, aún, asistirse  
bajo los estímulos de la orilla...:  
no sin pagar la deuda por una esclavitud de eternidades que  
no abrían  
ni siquiera un cielo...

y por las mutilaciones en sí,  
pero también por eso que unos intercambios, a menudo, bajo el  
mismo

cruce del látigo,  
les habrían ido incorporando, con el arrastre de los siglos,  
algo de esas alas que, a pesar de todo, nacían  
y no nacían...  
esos fantasmas sin redención que se resisten  
a morir, adentro,  
y que no acuerdan, contingentemente, los pasos



con la danza...

y esas andaduras de desfile, o casi,  
que si bien les han dejado, poco menos, que sin  
remos  
para correr las arenas,  
no han de impedirles, por cierto, en la manumisión  
ésa que a

[la par, precisamente, de aquellos  
que les quebraran el hipogrifo,  
arrancarán para todos los forzados, sin excluir  
a espalda ninguna,  
así se le vea, ya, únicamente,

el silencio. . .

no han de impedirles que ellos jueguen en el viento,  
más para el arca del fin,  
las quimeras del apocalipsis...